

P RÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA DE *I RE TAUMATURGHI* DE MARC BLOCH*

17

Carlo Ginzburg

Traducción: Dianora Zagato

Ginzburg señala que en *Los reyes taumaturgos* Bloch amplía los intereses de la historiografía tradicional mediante la asimilación de la obra de Durkheim y la influencia de Vidal de la Blache. En 1914 Bloch estaba "atado" a la historiografía representada por los nombres de Langlois y Seignobos, a quienes más tarde refuta. Sin embargo, es en la primera Guerra Mundial donde Bloch "había reconstruido frente a sus ojos una sociedad casi medieval, y una mentalidad que le correspondía. Es de esta experiencia que nacen *Los reyes taumaturgos*".

Preface to the Italian Edition of *I re taumaturghi* by Marc Bloch

Ginzburg points out that in *The thaumaturgic kings*, Bloch increases the interests of traditional historiography by the assimilation of Durkheim's work and the influence of Vidal de la Blache. In 1914, Bloch was "bound" to historiography represented by the names of Langlois and Seignobos, both of whom he was later to refute. Nevertheless, it is within the First World War where Bloch "had rebuilt before his eyes an almost medieval society, and a corresponding mentality". *The thaumaturgic kings* is born in the midst of this experience.

* *I re taumaturghi. Studi sul carattere sovranaturale attribuito alla potenza dei re particolarmente in Francia e in Inghilterra*, trad. Silvestro Lega, Turín, Giulio Einaudi editore, 4a. edición, 1984.

**Préface à l'édition italienne
de *I re taumaturghi* de Marc Bloch**

Ginzburg remarque que dans *Les rois thaumaturges*, Bloch élargie les intérêts de l'historiographie traditionnelle par l'assimilation de l'œuvre de Durkheim et l'influence de Vidal de la Blache. En 1914 Bloch était "lié" à l'historiographie alors représentée par les noms de Langlois et Seignobos, qui plus tard seraient réfutés par le même Bloch. C'est pendant la Grande Guerre, néanmoins, que Bloch "reconstruisit sur ses yeux une société quasi médiévale et l'esprit qui lui correspondait. C'est de cette expérience que *Les rois thaumaturges* naquirent."

18

La fortuna del libro que presentamos al lector es bastante singular. La amplitud y la novedad de la investigación atrajeron inmediatamente la atención y el elogio de los estudiosos de las más variadas disciplinas —estudiosos de historia de las religiones, como l'Alphandéry o Guignebert, historiadores de la ciencia como Thorndike, psicólogos como Blondel, por no hablar de Huizinga—; sin embargo parece que el libro no ha tenido la influencia que merecía en el campo de los estudios históricos. Aun tomando en cuenta una cierta prolijidad y desorganización de la estructura, que ha sido evidenciada en más de una ocasión, posiblemente haya algo más. No sería por lo tanto inútil reconstruir brevemente la génesis y el significado de esta obra.

Les rois thaumaturges aparece en un momento muy preciso de la biografía, no sólo intelectual, de Bloch. Éste es su primer trabajo de amplio respiro después de la *thèse*, no muy original, sobre *Rois et serfs* (1920). Además, es una señal de la ampliación de los intereses de Bloch más allá de los confines de la historiografía tradicional —inclusive, según la opinión de un crítico (R.Fawtier), más allá aún de una historiografía *tout court*— mediante la asimilación de la lección de Durkheim. Justamente en 1924, o sea en el mismo año en el que aparecieron los *Rois thaumaturges*, Bloch, en su recensión de *La terre et l'évolution humaine* de Lucien Febvre, en la *Revue Historique*, subraya la influencia que tuvieron sobre toda una generación de historiadores franceses dos grandes maestros: Vidal de la Blache y Durkheim. Sin embargo, si es evidente el atractivo ejercido sobre Bloch por los estudios de geografía humana de Vidal de la Blache, desde su trabajo juvenil sobre la Île de France a los *Caractères originaux de l'histoire rurale française*, el alcance de las relaciones con Durkheim es aún más complejo. Podemos tomar como primer punto de referencia el discurso pronunciado por Bloch, a sus 28 años, en el Liceo de Amiens, al final del año escolar de 1914, en ocasión de la entrega de diplomas a los alumnos y que fue publicado posteriormente con el título *Critique historique et critique du témoignage*. A pesar de las apariencias, no es un discurso ocasional y, contrariamente a lo que afirmó Febvre, en su nueva edición, casi cuarenta años después, las posiciones defendidas en él difieren notablemente de aquellas que Bloch maduró. Lo que importaba al joven Bloch del 1914 era la reivindicación de la validez de la investigación histórica frente a las ciencias naturales, más precisamente: la reivindicación de las posibilidades de una conciencia crítica, científica, de cada hecho histórico. Apoyarse en el modelo de las ciencias naturales, es sin duda un lugar común positivista; sin embargo, aquí lo podemos entender

plenamente si tomamos en cuenta el célebre prefacio de Durkheim en el primer año de la *Année sociologique* (1896). En este escrito, Durkheim había contrapuesto tajantemente los hechos históricos, que constituyen la "biographie soit des individus, soit des collectivités", que como tales carecen de interés científico, a los "faits... qui paraissent susceptibles d'être, dans un avenir suffisamment prochain, incorporés dans la science, c'est-à-dire qui peuvent entrer dans des comparaisons", incorporables sin duda a la sociología.

En otras palabras, para Durkheim la historiografía o no era científica, y por lo tanto quedaba marginada, al límite, en la anécdota; o era científica, susceptible de comparaciones tales que llevaban a la enunciación de leyes, y por lo tanto se identificaba con la sociología. Para salvar la investigación histórica de esta condena, Bloch insiste en la "cientificidad" del trabajo del historiador. Considera que el historiador, a diferencia del físico o del biólogo, sí debe trabajar sobre la base de huellas, de testimonios. Pero existe una "crítica histórica", una "crítica de los testimonios", la cual, en línea de principio, permite al estudioso decidir, por ejemplo, si en febrero del 1848 el disparo que desencadenó la revolución de París, salió de un centinela o de un manifestante. En línea de principio, justamente: porque en la práctica, Bloch admite que la evaluación de los testimonios, aun los más circunstanciales, es muy difícil e insegura.

Sería suficiente este ejemplo y el inevitable escepticismo resultante, para mostrarnos hasta qué punto Bloch en 1914 estaba atado todavía a aquella historiografía "événementielle", la historiografía resumida en los nombres de Langlois y Seignobos, contra los cuales más adelante, el mismo Bloch y Febvre deberían combatir y ganar una de sus más significativas batallas. Bastaría una rápida comparación entre el discurso de Bloch y el capítulo VII del libro II del famoso manual de Langlois y Seignobos, *Introduction aux études historiques* (1898), titulado "Critique interne négative de sincérité et d'exactitude". Muchos años después, insertando materialmente oraciones y ejemplos sacados de aquel remoto discurso escolar en las reflexiones de método publicadas después de su muerte bajo el título de *Métier d'historien*, que habían tenido tanta suerte, Bloch, característicamente, resolvió el dilema sobre la paternidad del famoso disparo que permitió "desencadenar" la revolución de febrero, observando que Tocqueville ya había entendido que las raíces de aquel movimiento eran mucho más profundas. La corrección, junto a un rechazo argumentado de la contraposición esquemática entre ciencias de la naturaleza e investigación histórica y un reconocimiento de lo específico de esta última, parece resumir como epigrama el proceso de maduración historiográfica e intelectual de Bloch. Este proceso aparece ya cumplido en 1921, cuando publicó en la *Revue de synthèse historique*, dirigida por Berr, un brillante ensayo titulado "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", que puede considerarse un verdadero prólogo a *Les rois thaumaturges*.

Aun aquí, el punto de partida es la crítica de los testimonios, o más bien, la lección de escepticismo dada por los psicólogos a los

Bloch insiste en la "cientificidad" del trabajo del historiador. Considera que el historiador, a diferencia del físico o del biólogo, sí debe trabajar sobre la base de huellas, de testimonios. Pero existe una "crítica histórica", una "crítica de los testimonios"

historiadores que hicieron experimentos e investigaciones sobre el problema del testimonio. Ellos demostraron que quizá aun los testigos oculares no ven, o ven de forma incorrecta: imagínense qué valor se pueda atribuir a los testimonios indirectos con los cuales debe generalmente trabajar el historiador. Pero Bloch añade, saliendo del terreno en el cual se había movido hasta ese punto: "il faut ajouter que ce scepticisme n'atteint guère que des choses fort superficielles; l'histoire juridique, ou économique, ou religieuse n'est pas touchée; ce qu'il y a de plus profond en histoire pourrait bien être aussi ce qu'il y a de plus sûr". Para el historiador, el error no es solamente un cuerpo extraño que se debe eliminar con instrumentos los más precisos posible: el error puede ser, a su vez, un objeto de estudio. "De faux récits ont soulevé les foules. Les fausses nouvelles, dans toute la multiplicité de leurs formes —simples racontars, impostures, légendes—, ont rempli la vie de l'humanité. Comment naissent-elles? de quels éléments tirent-elles leur substance? comment se propagent-elles, gagnant en ampleur à mesure qu'elles passent de bouche en bouche ou d'écrit en écrit? Nulle question plus que celles-là ne mérite de passionner quiconque aime à réfléchir sur l'histoire". Escribiendo *Les rois thaumaturges*, Bloch había encontrado una historia "más profunda" que podría resolver las dudas sobre el grado de certidumbre de la investigación histórica con respecto a aquello de las ciencias de la naturaleza. El alejamiento de la generación anterior de los historiadores Langlois y Seignobos era tajante. Es verdad, como justamente se notó,¹ ellos mismos en su manual de metodología, habían destacado la mayor "certidumbre" de los fenómenos ("opinions,... doctrines,... connaissances") que constituyen el objeto de la historia del arte, literatura, ciencias, filosofía, derecho, creencias populares. Pero más allá de estas "histoires spéciales", habían postulado una "histoire générale", identificada con la historia política tradicional, "évènementielle", en la cual está puesto "*l'élément proprement historique*" [cursiva nuestra] "c'est le fait que certains actes ont été l'acte d'un homme ou d'un groupe donné a un moment donné". La oración de Bloch arriba citada, entonces, si no era nueva en el plan metodológico, sí era indicativa de una orientación que rechazaba la historiografía exclusiva y superficialmente política, en nombre de una historiografía más "profunda", de respiro más amplio e inclusive lista para medirse sobre temas específicamente políticos, como tendremos ocasión de observar. Bloch ya no abandonaría este enfoque: y es significativo que aquella oración, unida con las páginas interiores del ensayo sobre "Fausses nouvelles", vuelvan en el *Métier d'historien*.

Bien podemos decir, retomando una definición propuesta por el mismo Bloch para otra gran investigación de historia de la mentalidad, *La grande peur* de Lefebvre, que la temática de los *Rois thaumaturges* es una "gigantesque fausse nouvelle": la creencia del milagroso poder de los reyes de Francia e Inglaterra para curar a los escrofulosos. Bloch utilizó con extrema habilidad esta creencia, este fenómeno aparentemente insignificante, como un hilo conductor, o, si se quiere, un sismógrafo muy sensible, capaz de registrar con precisión y elegancia fenómenos capitales de la historia europea, como los azares del poder monárquico y las ideologías a él relacionadas, desde el medievo hasta la era moderna. En efecto, la investigación de Bloch

gira sobre dos niveles. Por un lado, el milagro real es desmitificado (y como se ha dicho, con una ironía de tinte volteriano), y la génesis de la creencia es reconducida, con la ayuda de un método crítico muy estrecho, a un preciso diseño político-dinástico. Por otro lado se alcanza, más allá de la leyenda, del "error", una verdad más profunda, aquella de las "représentations collectives" que permitieron afirmar y difundir la fe en el poder taumátúrgico de los reyes franceses e ingleses. Muchos años más tarde, en el *Métier*, Bloch escribirá que la tarea de su generación había sido aquella de conciliar la rectitud erudita de Langlois y Seignobos, con la amplitud problemática de Durkheim. El entretenerse de los dos niveles de la investigación en los *Rois thaumaturges* —a los cuales corresponde estilísticamente, un medido suceder entre la irónica complacencia de la inteligencia desmitificadora del historiador, y la conmovida, aun controlada, participación en las ilusiones de los pobres enfermos— tiene algo de este significado.

El haber recurrido en este libro a una expresión clave como "représentations collectives", es un testimonio que comprueba cómo Bloch recuperó y aprovechó la lección durkheimiana. Sin duda, en esta maduración metodológica, serían importantes el ambiente particularmente vivo de la Universidad de Estrasburgo, donde Bloch enseñó desde 1919, su encuentro y amistad duradera con Febvre (el Febvre de la *Franche-Comté*), los vínculos estrechados con estudiosos que se apoyaban en Durkheim, como Charles Blondel y Maurice Halbwachs, autores respectivamente de libros como *Introduction à la psychologie collective* y *Les cadre sociaux de la mémoire*, de los cuales Bloch hizo la crítica y discutió con particular atención. Sin embargo, la elección del argumento de los *Rois thaumaturges*, tema aparentemente extravagante e insignificante, casi una "curiosidad" histórica, ya estaba marcando un cambio y un ahondamiento de intereses: ahora sabemos que es anterior inclusive a la llegada de Bloch a Estrasburgo. En efecto, Charles-Edmond Perrin cuenta que fue con Bloch a una excursión en los Bassi Vosgi. La guerra había terminado y los dos historiadores, ya compañeros de armas, estaban esperando la licencia, que les llegó poco después. Llegando a la cumbre del Haut-Barre, Bloch, mirando hacia abajo la llanura alsaciana, habló con el amigo de sus futuros proyectos de investigación: "Cuando haya terminado con los campesinos, me pondré a estudiar el ritual de la consagración de los reyes en Reims". Estaba ya la idea de los *Rois thaumaturges*, a la cual Bloch se dedicó después de la publicación de *Rois et serfs*. Pero, ¿cómo llegó a escoger, en aquel momento justo ese tema?

El mismo Bloch nos aclaró en más de una oportunidad, aun indirectamente, sobre la génesis de los *Rois thaumaturges*. Un día, mientras estaba ocupado con los trabajos de teoría económica e historia de los costos de F. Simiand, retomó un hilo ya conocido, esbozó una distinción entre "experimento" ("expérimentation") y "experiencia" ("expérience"). Rigurosamente, escribiría, el "experimento" es un privilegio absoluto de las ciencias de la naturaleza. El químico, el biólogo, pueden reproducir un determinado fenómeno de laboratorio, variando eventualmente las condiciones ambientales. En cambio, el historiador debe contentarse de la "experiencia" que le ofrece la realidad y de la cual, tal vez, por analogía, pueda sacar preciosas

indicaciones sobre el fenómeno estudiado: algo como el médico con la enfermedad, que no es provocada por él, la considera una especie de "experiencia" natural. "Es imposible provocar deliberadamente –y aun si se pudiera, nadie se atrevería– un movimiento religioso", escribiría Bloch diez años después, en un contexto un poco diferente en el *Métier d'historien*. Ahora bien, la guerra, la vida de trinchera fueron, para Bloch, una especie de gigantesca "experiencia", lanzándolo en un ambiente inusitado, de alguna forma artificial, enfrentando problemas anacrónicos, parecidos a los que más adelante habría tratado de reconstruir historiográficamente en los *Rois thaumaturges*. La censura, escribió en el ensayo anteriormente mencionado sobre "Les fausses nouvelles de la guerre", desacreditando a los ojos de los soldados las noticias que aparecían en los periódicos o que llegaban, raramente, por correo, había ocasionado "un renouveau prodigieux de la tradition orale, mère antique des légendes et des mythes. Par un coup hardi que n'eut jamais osé rêver les plus audacieux des expérimentateurs [cursiva nuestra], la censure, abolissant les siècles écoulés, ramena le soldat du front aux moyens d'information et à l'état d'esprit des vieux âges, avant le journal, avant la feuille de nouvelles imprimées, avant le livre". En este ambiente nacían entonces las "fausses nouvelles": y nuevamente, en Bloch, sale la analogía "L'histoire a dû connaître des sociétés ainsi dispersées, où le contact entre les différentes cellules sociales ne se faisait que rarement et difficilement –à époques variables par les cheminaux, les frères quêteurs, les colporteurs– plus régulièrement aux foires ou aux fêtes religieuses". En el frente, esta función de intermediarios era realizada por los encargados de enlace, los telefonistas, los técnicos de artillería, mientras que las cocinas eran el lugar privilegiado en donde nacían y se difundían las "fausses nouvelles", los mitos y las leyendas de la vida de trinchera. La guerra, como observó Bloch, retomando estas páginas en el *Métier*, había reconstruido frente a sus ojos una sociedad casi medieval, y una mentalidad que le correspondía. Es de esta experiencia que nacen *Les rois thaumaturges*.

Este nexa no debe ser subestimado. El estallido de barbarie y de irracionalidad de la primera Guerra Mundial fue ciertamente un *shock* denso de consecuencias para muchos de los más lúcidos intelectuales europeos. Es suficiente recordar el ejemplo de Freud quien, después de haber visto en la guerra la amarga confirmación de los impulsos destructivos profundos que el psicoanálisis había percibido en el hombre, llegó en un segundo momento a revolucionar la teoría entera de los instintos para dar lugar al "instinto de muerte". O, para dar un ejemplo más cercano a Bloch, y en particular al Bloch de este escrito, sería suficiente pensar en Aby Warburg quien, trastornado por la demencia frente al horrendo espectáculo de una guerra casi proféticamente intuida y temida, terminó introduciéndose en el estudio de la astrología y de las creencias mágicas, para exorcizar a través

Es imposible provocar deliberadamente –y aun si se pudiera, nadie se atrevería– un movimiento religioso

del dominio racional de una materia tan candente, sus propios demonios interiores. Éstos son ejemplos que nos llevan muy lejos del libro de Bloch, sobre un plan diferente y mucho más dramático. Y sin embargo hemos visto como aún en los *Rois thaumaturges* se puede leer con transparencia, como una filigrana, la experiencia

de la guerra. Casi parece que Bloch intentó dar forma a la experiencia de regresión arcaica, al regreso de emociones irracionales y aparentemente incontrolables representado por la guerra, exaltando la tranquila confianza iluminística, que lo caracterizaba, en el poder desmitificador de la razón. Una vez más, regresamos al entrelazarse de los dos niveles que caracterizan al libro.

Sabemos que, después de *Les rois thaumaturges*, las investigaciones de Bloch retomarían otro camino. Pero también sabemos que él nunca abandonaría su tendencia a reducir los problemas de la historia social o económica a problemas de historia de la mentalidad. Será suficiente recordar la interpretación subjetivista, psicológica, de la noción de "clase social", subrayada por él con tanta insistencia. Por otra parte, no es una casualidad que la sección sobre la mentalidad y la memoria colectiva de la *Société féodale* sea una de las más frescas y vivas de este trabajo. Sin embargo, la tarea de volverse divulgador de un nuevo enfoque de investigación, el de la "psychologie historique", fue asumida por un gran amigo y colaborador de Bloch, Lucien Febvre. Las propuestas formuladas por Febvre en dos ensayos muy sugestivos, y justamente famosos, llegaron también esta vez en un momento muy significativo. Miremos las fechas: "Une vue d'ensemble: histoire et psychologie" es de 1938, "Comment reconstituer la vie affective d'autrefois. La sensibilité et l'histoire" es de 1941. La exigencia de darse cuenta del peso histórico efectivo de las pasiones, de las emociones, de los movimientos irracionales circunscritos por términos como "mentalité", "sensibilité", era formulado por Febvre como una respuesta a los problemas del presente: la guerra, una vez más, pero una guerra perdida; la llamada nazi a los mitos de la sangre y del suelo, la exaltación de la violencia. A pesar de las precauciones impuestas por la censura, la conclusión del ensayo de 1941 es bastante explícita.

El llamamiento elocuente y generoso de Febvre no pasó desapercibido: aún hoy toda una rama de investigaciones de "psychologie historique" o de historia de las mentalidades, se remite a las teorizaciones y propuestas febvrianas. Sin embargo, después de casi treinta años, parece lícito decir que ni las investigaciones de Febvre, ni las de sus seguidores –y aquí también las excepciones confirman la regla– han ido mucho más allá de la pura y simple enunciación del problema. Se puede ver que, faltando la *verve* literaria del maestro, el estro no era suficiente para cubrir las lagunas de la investigación y las debilidades de la impostación. Libros como el de Z. Barbu (*Problems of Historical Psychology*, Londres, 1960), que proponen nuevamente las sugerencias de Febvre en un contexto heterogéneo, indican que nos movemos todavía en el ámbito de las discusiones de principio, o poco más. Por otra parte, podemos decir lo mismo de las confutaciones y polémicas suscitadas por este tipo de investigaciones. Nos da la impresión que el impulso promovido por Febvre con sus famosos ensayos y estudios a las investigaciones de "psychologie historique", ha sido en realidad un falso punto de partida. Una confirmación de esto, por ejemplo, es que las fascinantes investigaciones de J.-P. Vernant (*Mythe et pensée chez les Grecs*, París 1965), aun definiéndose desde el subtítulo *études de psychologie historique*, evitan casi a propósito referencias a Febvre y a sus continuadores, mencionando en cambio los estudios de I. Meyerson.

La invitación a los psicólogos para abrirse a las consideraciones de la dimensión histórica, dirigida por Meyerson en las *Fonctions psychologiques et les œuvres* (París, 1948) se puede ver sin duda como confirmación de la urgencia y oportunidad de las consideraciones de Febvre. Por otra parte, encontrar, en la portada de esta misma obra de Meyerson, una dedicatoria a Charles Seignobos —o sea al historiador contra el cual Febvre dirigió innumerables sarcasmos y polémicas, como representante típico de la mal afamada “histoire historisante”— suena como una contraprueba paradójica de lo ajeno de estas dos ramas de investigación, no obstante la palabra de orden común “psychologie historique”.

Aunque *Les rois thaumaturges* no hayan ejercido una influencia ni siquiera indirecta sobre estos desarrollos posteriores, debemos a estos mismos —y particularmente a las proposiciones de Febvre— que hoy nos nazca espontáneamente leer este libro como investigación histórica de la mentalidad. Ciertamente, *Les rois thaumaturges* nos parece en este sentido una investigación admirable, por lo concreto, que resalta en comparación con ciertas páginas sugestivas pero a menudo genéricas y literarias del mismo Febvre (pensamos en la última parte del famoso *Problème de l'incroyance*), y por la habilidad de penetración e inteligencia de la cual Bloch da prueba, sacando indicaciones preciosas de una documentación árida como, por ejemplo, los registros de las cuentas de los reyes ingleses. Sin embargo, para evitar una lectura demasiado unilateral, deberíamos tener presente la definición dada por el mismo Bloch a su libro: “une contribution à l'histoire politique de l'Europe, au sens large, au vrai sens du mot”. “Surtout, Empire, royauté, quelle résonance ces grands mots avaient-ils alors dans les âmes? Pas le même, assurément, qu'aujourd'hui”, afirmaría algunos años después Bloch, en la recensión de un libro de L. Halphen sobre la historia política de la Europa de los siglos XI y XII. *Les rois thaumaturges* pretenden contribuir, justamente, a entender esta “resonancia”, motivo no último de la tenaz persistencia del poder monárquico. Más allá de los mecanismos de organización administrativa, judicial, financiera, que los reyes imponían sobre sus súbditos, debemos una vez más alcanzar un nivel cotidiano, aquello de las “croyances et... fables qui fleurissent autour des maisons princières”. Debemos apenas recordar, para tener la medida de la novedad de este enfoque, la definición perentoria y un poco desdeñosa, que Langlois y Seignobos dieron en su famoso manual:

Les rois thaumaturges pretenden contribuir, justamente, a entender esta “resonancia”, motivo no último de la tenaz persistencia del poder monárquico

“Légendes et anecdotes ne sont au fond que des croyances populaires, rapportées arbitrairement à des personnages historiques; elles font partie du *folklore*, non de l'histoire”. Ampliando tajantemente la impostación del problema de la realeza, seguramente Bloch se introducía en una discusión historiográfica existente, como

atestiguan también sus reseñas a los estudios de Kern y Schramm, que aparecieron en esos años.

Pero la originalidad de su libro, que asegura su vitalidad aun desde afuera del círculo de los especialistas, consiste seguramente, más que en la novedad de los resultados, en la impostación de la investigación. El hecho de recurrir a una documentación dispersa y

muy variada –escritos de teólogos, médicos, juristas, disertaciones políticas, actos administrativos, hallazgos folclóricos, pinturas, incisiones, crónicas, *chansons de geste*: pensamos inevitablemente en las investigaciones que estaban conduciendo en estos mismos años, Warburg y sus continuadores– para reconstruir un problema histórico unitario, hace de los *rois thaumaturges* un concreto ejemplo de esa “impostación interdisciplinaria” de la cual tanto se habla entre nosotros, aun cuando rara vez llegamos a ponerla en práctica. Por otro lado, a la luz de las discusiones suscitadas por el ensayo de Braudel sobre la “longue durée” (pero deberíamos recordar todavía el viejo ensayo de Lévi-Strauss sobre “Histoire et ethnologie”, después vuelto a publicar como Introducción a la *Anthropologie structurale*), la consolidación alcanzada entre el plano de la política, de la intervención individual, del cálculo, de lo que con término significativo Bloch define como “hasard”, y el plan profundo, espontáneo, inconsciente de las “représentations collectives”, hace de este clásico un libro muy vivo y actual. Si, como escribía Lévi-Strauss en el ensayo arriba mencionado, “tout bon livre d’histoire... est-il impregné d’ethnologie” –citando *Le problème de l’incroyance au XVI^e siècle* de Febvre– en el sentido que trata de rescatar, indirectamente, actitudes y representaciones inconscientes, esto es todavía más válido para *Les rois thaumaturges*. Aún más, es significativo que en éste, la dimensión “etnológica” (que nada tiene que ver, naturalmente, con el justo rechazo por parte de Bloch del comparativismo genérico e indiferente) se inserte, vitalizándola, sobre una imposición relativamente tradicional.

NOTA

¹ Cfr. G. Arnaldi, Introducción a M. Bloch, *Apologia della storia o mestiere dello storico*, Turín, 1969, p. XXXIII, que corrige e integra lo que escribí sobre este punto en un estudio que apareció en *Studi Medievali* (s. 3^a, VI, 1965) que aquí retomo parcialmente. Para mi desacuerdo con Arnaldi, véase lo que sigue. Incidentalmente, tómese nota de que Langlois y Seignobos, en su manual, mencionan la “histoire-bataille”, mas no la rechazan mínimamente (*Introduction aux études historiques*, París, 1898, p. 205; cfr. en cambio Arnaldi, Introducción,... *op. cit.*, p. XVIII).